

Demetrio Boersner

La Hora Internacional

Colapso del comunismo y disolución de la URSS

Durante los meses de agosto y septiembre de 1991 se desarrollaron acontecimientos trascendentales, comparables por su impacto histórico a la gran Revolución de Octubre de 1917, seguida de la desintegración de los imperios ruso y austrohúngaro. Hoy cómo en ese entonces, la humanidad enfrenta la situación que el historiador Charles Mee acertadamente denomina "El Bin del Orden".

El imperio comunista gobernado desde Moscú se ha desintegrado luego de un lapso de decadencia y de reformas transformadas en avalancha de cambios incontrolados. Con ello, ha surgido un momentáneo vacío en el sistema internacional y se plantea la interrogante angustiosa: ¿Quién o qué fuerzas lo llenarán? ¿Podrá la ex-Unión Soviética ser reemplazada por una confederación de repúblicas soberanas democráticas y racionales, tal como lo esperan los mejores dirigentes actuales? ¿O, por el contrario, surgirá en su lugar un destructivo caos de nacioncitas y etnias regidas por rabiosos demagogos y trabadas en luchas sangrientas, causando una paulatina extensión de la violencia por el mundo entero y haciendo estallar, finalmente, los arsenales termonucleares? ¿Habrá una tercera posibilidad intermedia?

Tan posible es un "escenario" positivo como uno negativo.

Para medir las respectivas probabilidades, se nos ocurre que en épocas pasadas, cuando la evolución histórica entraba en una nueva fase de progreso material y espiritual para vastos sectores de la humanidad, siempre solían estar reunidos tres factores determinantes: (1) una situación económica de expansión productiva y comercial; (2) el surgimiento de grandes doctrinas de liberación, justicia y avance hacia valores superiores; (3) la aparición de grandes hombres con carisma y genio para inspirar y conducir pueblos. Tal conjunción de fenómenos existió en el Renacimiento, la Reforma-Contrarreforma, la Ilustración, la Revolución Liberal, y también en las revoluciones socialistas y de liberación anticolonial durante los primeros dos tercios de nuestro siglo.

¿Se reunirán nuevamente tales condiciones a corto plazo en el espacio ocupado por los pueblos sucesores de la URSS, para impedir su desintegración mayor y su posible recaída en regímenes tiránicos después del actual intermezzo democrático? Con el fin de aproximarnos a un pronóstico razonable, debemos comenzar por una somera recapitulación de la marcha del pasado hacia el presente.

SOCIALISMO MESIANICO Y DOGMATICO

El movimiento socialista, nacido en Europa Occidental como protesta de obreros e intelectuales progresistas contra la horrenda explotación y miseria sufridas por los proletariados del viejo mundo a mediados del siglo 19, por su esencia contiene elementos mesiánicos. Para los generosos y combativos ideólogos del socialismo universal, la finalidad de su movimiento no era sencillamente la de emancipar al trabajador, dando contenido social a la democracia política, sino de liberar de una vez por todas, en forma absoluta, a toda la humanidad, superando en última instancia toda alienación y toda división hostil en clases, naciones o intereses parciales.

Este mesianismo, intrínseco al socialismo internacional, se mantuvo de país en país, con diversos grados de intensidad según las circunstancias nacionales de cada uno de ellos. En los Estados constitucionales, representativos e industrializados del Occidente, donde existían amplias posibilidades de promover los intereses obreros y populares por medios prácticos diversos, mediante luchas enmarcadas dentro de la legalidad, el socialismo se cuajó en partidos socialdemócratas de mentalidad pragmática, diluyendo o debilitándose paulatinamente el sentimiento mesiánico. En cambio, al penetrar en el mundo místico, despótico y burocrático-feudal de la vieja Rusia, el socialismo enfatizó en grado extremo sus ingredientes mesiánicos y cuasi-religiosos.

Una tendencia místico-mesianica,

combinada con instituciones feudal-burocráticas y despóticas, generadoras de dogmatismos ha existido a lo largo de la historia milenaria del pueblo ruso, junto con sus hermanos de Ucrania y Bielorrusia. A partir de la caída de Constantinopla en manos de los turcos en 1453, Rusia asumió las funciones históricas de una "Tercera Roma", continuadora del patriarcado y del imperio de Bizancio en la misión de proteger y difundir el cristianismo ortodoxo. Todo el vasto país, desde su zar hasta el más oprimido y humilde de los siervos de la gleba, gemía al unísono en la tremenda convicción de ser pueblo escogido para cumplir la voluntad de Dios según los dogmas rigurosos de los patriarcas de la Iglesia de Oriente.

En aquel imperio centralizado a la manera asiática (no pluralista como el feudalismo del medioevo occidental), la Iglesia y el Estado eran una misma cosa; el Cristo y el César se confundían. De allí que todo se decidía por decretos inapelables desde la cumbre. Los decretos adquirían todo el peso del dogma. Del mismo modo las tesis de la filosofía y las ciencias —una vez que éstas comenzaron a desarrollarse— tendían a ser enseñadas como verdades absolutas, artículos de fe más bien que instrumentos de libre investigación.

En la época moderna y contemporánea, así como se conservó el autocratismo zarista y la estructura semifeudal de la sociedad, siguieron existiendo los patrones intelectuales dogmáticos heredados de la Edad Media. En sus análisis brillantes de la Rusia del siglo 19 y comienzos del 20, el filósofo Berdyáyev señala el espíritu mesiánico, y al mismo tiempo dogmático, de los heroicos rebeldes populistas y nihilistas alzados contra el zarismo. Por parte de opresores y rebeldes: ¡La misma intolerancia, el mismo absolutismo! Hasta la teoría darwiniana de la evolución de los espacios era propagada por los jóvenes progresistas rusos, no en forma de razonamiento científico sobrio, sino de artículo de fe, esencial para la salvación humana.

El socialismo, al penetrar desde el Occidente en esa Rusia mesiánica y dogmática, casi inevitablemente asumió esas características. Pese a ser originalmente la doctrina de la democracia política y social más amplia, al asumir su forma bolchevique o comunista —es decir, al ser vertido en el molde de una sociedad autoritaria y absolutista—, el socialismo se desnaturalizó y se convirtió en dogma impuesto por la fuerza.

También adoptó otras características nacionales rusas, de orígenes históricos remotos. Una de ellas es la tendencia (típica de una sociedad sin clase media ni noción de términos medios) hacia los ex-

tremos en la conducta humana, tanto en el bien como en el mal. Tanto las más altas cumbres de la santidad y del heroísmo, como las profundidades de la abyección y del horror se encuentran a cada paso en la historia —y se reflejan en la literatura (Dostoyevsky, Gogol, Tolstoi, Gorkig— de ese pueblo realmente grande e inmortal.

Junto con ello, siempre estuvo arraigada la costumbre de la autocracia, la confesión y la penitencia muchas veces llevada a grados extremos; reencuentramos esa tendencia en algunos de los grandes juicios políticos de la época del stalinismo.

Otro fenómeno viejo en la historia rusa, y continuado bajo el comunismo hasta hoy, es el del burocratismo. Desde la época feudal hasta la socialista, castas burocráticas cerradas y autosatisfechas se interpondrían entre el poder político y la sociedad civil.

ASCENSO Y CAIDA DEL SOCIALISMO SOVIETICO

La toma del poder por los bolcheviques en la noche del 6 al 7 de noviembre de 1917 fue uno de los acontecimientos revolucionarios más importantes en la historia de la humanidad, comparable al ascenso de Cromwell en Inglaterra y el de los jacobinos en Francia.

Europa se encontraba en una situación de miseria, violencia y desesperación casi sin precedentes. La "gran guerra" imperialista había entrado en su cuarto año y ya había causado millones de víctimas. Era espantosa la hecatombe en los campos de batalla y la miseria material y espiritual en los hogares que lloraban a los hijos caldos. Cada día era menos evidente para los pueblos atormentados, que la guerra no beneficiaba sino a minúsculas oligarquías financieras y político-militares y de allí surgía y se difundía el convencimiento de que el enemigo no podía ser el pobre conscripto en la trinchera opuesta, sino que había que buscarlo en casa; era el oligarca, el traficante de armas, el opresor de su propio pueblo.

La consigna bolchevique de tender la mano a los proletariados de todos los países y voltear los fusiles contra los grupos explotadores de la nación propia, de "transformar la guerra imperialista en guerra de clases", y de marchar unidos con los explotados del mundo entero en una lucha final por "paz, pan y tierra", tuvo inmensa resonancia no sólo en Rusia y sus zonas periféricas sino en toda Europa. Por millones, los soldados revolucionarios "votaron con los pies" por las tesis de Lenin, abandonando los campos de batalla y marchando a sus respectivos países para derribar a sus gobiernos y establecer

"soviets" (consejos) de obreros, campesinos, soldados y marineros rojos. No sólo en Petrogrado y en Moscú, sino también en Berlín, en Hamburgo, en Munich, en Viena, en Budapest, en Turín y en Barcelona surgió el poder de los soviets y ondeó el estandarte bermejo de la revolución social internacional.

Pero mientras la revolución socialista —comunista— se mantuvo en el poder en Rusia y los demás territorios que a partir de 1922 formarían la URSS, en el Occidente su ascenso fue efímero. El capitalismo del Oeste se mantuvo, y la mayoría de sus clases obreras organizadas optó por la socialdemocracia más bien que por el comunismo. Ese hecho histórico objetivo determinó que la variante rusa del socialismo quedara definitivamente aislada con respecto al mundo occidental pluralista, y que fuera inevitable su creciente deformación autoritaria y dogmática, acorde con la tradición e idiosincracia del Este europeo.

Aparte de la fuerza de las tradiciones históricas, el atraso cultural y la debilidad numérica de la clase obrera industrial de la URSS de los años veinte (la mayoría de los trabajadores consistía de campesinos analfabetas), alentaba el abandono de las prácticas democráticas y la creciente concentración del poder, primero en manos del Partido, después en las del cogollo partidista dirigente, y finalmente en las de un solo caudillo.

La obra de Stalin debe ser evaluada en términos de la época en que le tocó actuar. Era la época del fascismo en Europa central y centro-oriental. La URSS, país subdesarrollado y rodeado de potencias hostiles —en la guerra civil de 1918-1920, ingleses, franceses, norteamericanos, japoneses y restos del ejército alemán habían intervenido del lado de la contrarrevolución; después, fascistas y nazis llamaban a su destrucción y se preparaban para ella— debía desarrollarse sin ayuda y a pasos rápidos. El tiempo apremiaba, Hitler se estaba armando. La gran depresión de 1930 agravaba los problemas económicos. Bajo esas circunstancias no



es sorprendente que Stalin, georgiano nacido en una sociedad patriarcal y guerrera, sin piedad a la hora de dar la pelea, heredero además de la tradición política de Iván el Terrible y Pedro el Grande, haya recurrido a métodos durísimos para disciplinar y conducir al pueblo soviético hacia el progreso material e intelectual. Para ese hijo de montañeses tribales, la vida humana individual carecía de valor; lo que importaba era la vida y el porvenir del conjunto. En tiempos de paz, aplicaba criterios de guerra: cada avance socioeconómico era una batalla que exigía el sacrificio sangriento de miles de combatientes amigos y enemigos.

Exageró la violencia y la crueldad. Cometió errores costosos, inexcusables y criminales, sobre todo en la liquidación de los campesinos independientes, en otras medidas represivas dirigidas contra categorías sociales enteras, y finalmente en las salvajes depuraciones políticas de los años 1937-1938.

Lenin y los viejos bolcheviques de la primera fase de la revolución habían sido brillantes intelectuales activistas, duros en la lucha, pero fieles a valores fundamentales de la civilización y la ética. En cambio Stalin derramó ríos de sangre humana sin necesidad. Se calcula que causó la muerte injustificada de cinco o seis millones de personas; sin duda sus grandes reformas y transformaciones hu-

bieran podido realizarse sin esa hecatombe.

Pero aún así, es injusto compararlo con Hitler. El caudillo nazi cometió todos sus atroces crímenes, no con el fin de fomentar el progreso sino con el de retrotraer su culto país a un pasado de neobarbarie, no para elevar su pueblo —y en última instancia, la humanidad— a más altos niveles de igualdad y convivencia, sino por el contrario, para exterminar o excluir la mayoría de los seres humanos en beneficio de una presunta "raza superior" minoritaria. Su propósito fue el de aumentar la desigualdad entre "maestros" y "siervos" y negar a los débiles el derecho a la vida misma. Fue capaz de asesinar a millones de hombres, mujeres y niños por el mero hecho de pertenecer a determinada "raza" biológica. Negó y trató de destruir todos los valores éticos aportados durante dos milenios por el Cristianismo, el Renacimiento y la Ilustración.

En cambio Stalin, no obstante sus crímenes, actuó movido por un afán civilizador y progresista. Como Iván el Terrible y Pedro el Grande, "empleó métodos bárbaros para extirpar la barbarie" y empujar a los pueblos soviéticos hacia más altos niveles de cultura, de tecnología, de solidaridad y de convivencia civilizada. Encabezó una colosal obra de desarrollo, industrialización, educación, culturización y saneamiento. Creyó, pese a todo, en una meta final de libertad, igualdad y fraternidad no sólo para la URSS sino para el mundo. Ello no justifica ni excusa sus matanzas y represiones. Pero por lo menos lo ubica en una categoría histórica y moral muy distinta y superior a la de Hitler.

Después del agotador pero triunfal esfuerzo de industrialización llevado a cabo durante los años treinta, la URSS tuvo que enfrentarse a su prueba más terrible. La agresión nazi iniciada en junio de 1941 causó la muerte de 20 millones de ciudadanos soviéticos y destruyó gran parte de la economía del país. Pero con heroísmo incomparable, pasó a paso el pueblo de la URSS liberó su territorio y el de países vecinos y no cesó en su contraofensiva hasta haber tomado Berlín, destruido a Hitler e izado la bandera roja sobre las runas de la Reichskanzlei. Con colosales sacrificios, la Unión Soviética y su glorioso pueblo, en alianza con las democracias occidentales, salvaron la humanidad de la peor amenaza de todos los tiempos.

Siguió la guerra fría que paulatinamente se transformaría en competencia de dos bloques dentro del marco del "equilibrio del terror" termonuclear. En este orden mundial bipolar, existía el tácito acuerdo de que la competencia debía ser pacífica en Europa y otras zonas indus-

trializadas, pero que podía ser violenta en el Tercer Mundo. En conformidad con ello, las crisis en Europa (Berlín, particularmente) se resolvían sin un solo disparo, entanto que en la periferia tercermundista los bloques se enfrentaron en largas y sangrientas guerras territorialmente limitadas, como la de Vietnam y otras.

Entre los logros o éxitos del comunismo soviético debe mencionarse su impacto renovador y muchas veces progresista sobre el mundo exterior. La existencia del Estado soviético y el temor de que su doctrina y movimiento comunista se expandieran, hizo que, a partir de 1918, las burguesías occidentales hicieran concesiones a las clases trabajadoras de sus países. Al margen de la acción reivindicativa muchas veces tímida de los movimientos socialdemócratas, el miedo al comunismo fue el factor decisivo que llevó a los países capitalistas a instituir, desde la primera guerra mundial en adelante, sistemas de seguridad social y de mejoramiento de la condición obrera.

Después de la victoria aliada de 1945, la URSS se encontraba fortalecida, dominando un bloque territorial que se extendía al Occidente hasta el río Elba, y que amenazaba con continuar su expansión. Doblemente atemorizado, el Occidente se ufano de incluir, dentro de su estrategia general de "contención" (containment) de la expansión soviética, un programa de mejoramiento social que redujera la atracción del comunismo para los trabajadores, sobre todo europeos. De ese modo, el capitalismo europeo se transformó en "economía social de mercado", según líderes democristianos tales como Konrad Adenauer, Alcide De Gasperi y Ludwig Erhard.

Otro ámbito fundamental en el cual el temor al comunismo desempeñó un extraordinario papel objetivo emancipador, fue el de la descolonización. Desde el año 1919 Lenin —basándose en el pensamiento de Marx sobre Irlanda, India y China— había desarrollado la tesis de la alianza natural entre el movimiento socialista de los obreros de los centros industrializados, y los movimientos de liberación nacional de los pueblos colonizados, sirviendo la URSS y la Tercera Internacional como vínculos coordinadores entre esas dos vertientes de la revolución mundial. A partir de entonces, Moscú y los partidos comunistas nunca dejaron de tratar de influir sobre los movimientos anticolonialistas del Tercer Mundo, con la esperanza de aprovecharse de ellos como medio de presión y de socavamiento contra las potencias occidentales.

Pero en realidad sucedió lo contrario: los dirigentes de la liberación nacional tercermundista se aprovecharon del co-

munismo y de la URSS más que éstos de aquéllos. La posibilidad de jugar la "carta soviética" frente a las potencias imperiales del occidente, fue de un factor de vital importancia en la estrategia nacional-liberadora de los países otrora colonizados o dependientes de Asia, África y América Latina. Sin el temor del Occidente de que sus colonias o dependencias se volverían comunistas, el Tercer Mundo no hubiera podido alcanzar su actual nivel de independencia y de desarrollo relativo.

Mientras dentro de la URSS y sus satélites el sistema comunista se volvía intolerablemente autoritario y dogmático, su impacto exterior fue, por el contrario, liberador y —como lo definió el inolvidable José Agustín Silva Michelena— "tendencialmente socialista".

En la URSS y sus dependencias, los pueblos se quejaban del inmovilismo y aburrimiento característicos de la dominación comunista, en tanto que los intelectuales marxistas del Occidente y del Tercer Mundo se contaban entre los más interesantes y creativos, hasta el punto de que Teilhard de Chardin calificara al marxismo como el más importante y válido de los "panteismos humanistas" con los cuales el cristiano moderno debe dialogar y buscar coincidencias.

¡Contradicciones asombrosas entre una ideología y su aplicación en el poder!

EL COLAPSO

El socialismo autoritario y dogmático funcionó con eficiencia en la URSS hasta la década de los años sesenta. El sistema de la planificación centralizada es eficaz en las primeras etapas del desarrollo económico y permite un alto y rápido crecimiento mientras el énfasis esté puesto en la industrialización básica con criterio sobre todo cuantitativo. Pero no es adecuado para las fases posteriores, de énfasis cualitativo y de alta sofisticación científica y tecnológica. Esa etapa requiere flexibilidad, pluralismo y estímulo a la creatividad individual.

La economía soviética, que para 1960 había tenido la tasa de crecimiento más alta del mundo —11 por ciento—, en los años siguientes comenzó a desmejorar progresivamente. El centralismo burocrático impedía su adaptación a las nuevas tecnologías basadas en la informática. De año en año, el Occidente comenzó a superar más al Este en la competencia científica y técnica de los bloques. Aumentó la dependencia de la URSS de importaciones desde el mundo capitalista. Los desajustes inflacionarios y recesivos de los años setenta y ochenta agravaron sus dificultades, golpeando su balanza de pagos y su abastecimiento.

Más grave aún que las dificultades económicas fue la crisis moral e ideológica en que se hundió la sociedad soviética desde 1968 en adelante. Kruschov, había representado la esperanza de pasar del colectivismo autoritario a un socialismo democrático y humano. Bajo Stalin, como también bajo Kruschov, el socialismo era aún una doctrina viviente, exaltante, inspiradora de fe y esperanza en el ánimo de la juventud y una mayoría del pueblo trabajador. Hasta los burócratas y la alta "nomenklatura" creían en la bondad final de lo que estaban haciendo.

El derrocamiento de Kruschov por el ala burocrática más reaccionaria y egotista, dirigida por Leonid Breznev, y más aún la injusta y chocante intervención represiva de la URSS en Checoslovaquia en agosto de 1968, acabaron con la fe en el comunismo. Desde entonces en adelante, la mayoría de los miembros de la nomenklatura adoptó actitudes cínicas: la ideología, en la que ya no creían, se convirtió en mero instrumento de poder. Y la mayoría de la población —sobre todo la juventud— también fue perdiendo toda fe en el sistema y sus ideas. Como no existía ninguna fuerte alternativa ideológica, religiosa o político-social, cundió un proceso de degeneración moral generalizada.

En ese marco general, el valeroso y sincero Gorbachov levantó, en 1985, las banderas de una reforma encaminada hacia el rescate de los valores socialistas auténticos y puros, a través de la democratización y una síntesis entre la planificación y los mecanismos del mercado.

Pero como lo han demostrado los sucesos de los últimos dos años, la reforma del socialismo llegó tarde. La mayoría de la población soviética había llegado a rechazar cualquier fórmula socialista, tanto democrática como autoritaria. Por los abusos de la burocracia estaliniana-brezneviana, el término mismo del "socialismo" se había vuelto odiado o ridículo. El reciente intento de golpe de estado acabó con las esperanzas de que la actual transformación liberalizante pudiera permanecer dentro del marco de un socialismo democrático en el cual hasta Lenin conservara un modesto pedestal, como lo había anhelado Gorbachov.

Junto con la liberalización política de la URSS, se produjo su desintegración territorial. Lenin, y también teóricamente Stalin, habían querido resolver los viejos conflictos y resentimientos entre el gigante ruso dominante y los pueblos periféricos más pequeños y dependientes, a través de una política de autodeterminación, empleando tan solo la "persuasión" a través del Partido Comunista como medio para impedir su sucesión y cimentar una unión sólida entre nacionalidades iguales. Pero

la "persuasión" se convirtió en opresión y reanexión violentas; la desigualdad entre Rusia y las demás repúblicas se mantuvo, y particularmente la ocupación y anexión de las repúblicas bálticas luego del pacto temporal con Hitler en 1939-1941 fue un acto social-imperialista inaceptable. La actual reacción separatista y centrífuga parece incontenible. ¿Será posible mantener, por lo menos, una tenue confederación sobre todo económica?

LA GRAN DISYUNTIVA

Responder a esta, y a las demás interrogantes que planteamos al comienzo de este trabajo, pronosticar si la ex-URSS va hacia un creciente caos violento y provocador de graves perturbaciones de la paz internacional, o si logrará conservar un mínimo de orden y de cohesión que le permita una reinserción positiva en el sistema de las relaciones mundiales, es sumamente difícil.

Lo que nos parece claro, en todo caso, es que existe una relación directa entre el mayor o menor éxito de la democratización, y el de los esfuerzos por impedir la desintegración completa.

Como lo han demostrado los ejemplos de Europa occidental y de América Latina, los regímenes autoritarios engendran conflicto internacional, en tanto que la generalización del sistema democrático resulta en un ambiente de confiada diálogo y de solución pacífica de las divergencias entre países.

Lamentablemente, la actual oleada democrática en la ex-URSS podría ser pasajera y no definitiva. Rusia y sus periferias jamás han conocido ni ejercido la democracia pluralista, faltándoles toda experiencia en ese aspecto. Lo que escribimos anteriormente sobre el peso de la tradición histórica despótica, dogmática y místico-mesiánica se mantiene y dificultará la construcción de un sistema humano y tolerante.

Boris Yeltsin, hasta ayer "aparatchik" del Partido Comunista, súbitamente "convertido" a la adoración del modelo norteamericano y a un antisocialismo feroz, aún no ha dado pruebas de ser un verdadero demócrata confiable. Iguales dudas inspira el presidente nacionalista ucraniano Kravchuk, y en las repúblicas caucásicas y asiáticas ni siquiera existe la pretensión del pluralismo: Gamsajurdia, en la república de Georgia, ya ejerce una dictadura tan fuerte como la de los comunistas, sólo que de signo nacionalista.

En algunas repúblicas, incluidas las bálticas ya independientes y universales reconocidas, se rehabilita la memoria de fascistas y nazis, "víctimas" de "persecu-

ción comunista". El antisemitismo y otras formas de odio y persecución contra minorías étnicas han resurgido y causan seria preocupación.

Pensamos que esas tendencias antidemocráticas y divisionistas podrían intensificarse si se pone en práctica una política de plena restauración capitalista. Un rumbo hacia el capitalismo salvaje, sin regulaciones sociales, crearía nuevas y profundas divisiones entre grupos pobres y ricos y entre regiones privilegiadas y deprimidas. La tentación fascista, separatista y xenófoba quedaría fortalecida por esa razón.

A nuestro modo de ver, la esperanza de que el colapso del comunismo y la disolución de la URSS tradicional no resulten en un futuro caos lleno de corrientes agresivas y fascistoides, sino que en lugar de la Unión Soviética vieja surja una confederación flexible pero duradera de repúblicas soberanas democráticas, depende de que se enfrente la actual estampida hacia el capitalismo salvaje y vuelva a ganar fuerza la tesis gorbachoviana de búsqueda de una fórmula mixta entre la economía de mercado y el sistema de la regulación y previsión social. Un tipo de democratización que no conlleve una mayor desigualdad y un mayor desamparo de los pobres podría ser capaz de consolidarse, de vencer, de crear conciencia unificadora y fraternal. Podría tener éxito en reunificar pueblos divididos. En otras palabras, todo depende de que, en los años que vienen, en la ex-URSS no triunfe la restauración capitalista integral, sino se imponga la noción de que las nuevas libertades tan dignamente conquistadas por el valiente pueblo son compatibles con la conservación de algunos elementos positivos del pasado marxista.

La fuerza objetiva que podría algún día hacer triunfar esa tesis socialista-democrática, parece ser ante todo la clase trabajadora organizada. Los aguerridos mineros del Donbas y del Kuzbas, que con sus vastas huelgas paralizaron la economía del país para forzar la radicalización de la perestroika y, después, para derrotar al golpe reaccionario, podrían ser en el futuro el factor decisivo para frenar la caída en un sistema de explotación anacrónica y para imponer el mantenimiento de instituciones progresistas de derecho laboral y de justicia distributiva, dentro de la libertad.

Si ello sucediere, el futuro de los pueblos de Rusia y sus regiones vecinas incluso podrían reasumir el papel "tendencialmente progresista" que hoy hace tanta falta en el escenario internacional, sobre todo en lo referente a las relaciones Norte-Sur.